

Cuba y España: los caminos de sus vínculos históricos y culturales¹

Cuba and Spain: the ways of their historical and cultural links

Dr. Hebert Pérez-Concepción

hebert@uo.edu.cu

Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, Cuba

Fruto de la colaboración entre la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid y la Universidad de Oriente de Santiago de Cuba (Cátedra *Presdeia* y Centro de Estudios Cuba-Caribe, respectivamente), recién ha salido publicado este hermoso libro que recoge diecisiete ensayos sobre la inmigración y la impronta española en Cuba.

La necesidad del estudio serio, profundo y rico en detalles de estos temas no necesita de justificación ni en España ni en Cuba. Colonizada la isla de Cuba por España desde principios del siglo dieciséis, entre los dos países se mantendría una estrecha relación de metrópoli-colonia durante cuatro siglos cuya impronta aún se deja sentir, más de cien años después de obtener Cuba su independencia. Desde finales del siglo diecinueve y en las primeras tres décadas del siglo veinte, la isla fue para España el segundo destino de sus emigrantes (detrás de la Argentina); y España para Cuba, la principal fuente de sus inmigrantes, constituyendo para 1931 el 59% de todos los extranjeros en el país, no obstante las enormes oleadas de haitianos y jamaicanos que se asentaron en su territorio. Son datos estos que explican con mucho la supervivencia y desarrollo de relaciones comerciales, culturales y de afectos entre Cuba y España, a pesar de la imposición en el Caribe, desde la guerra hispanoamericana en 1898, de la hegemonía de la mayor potencia del orbe: los Estados Unidos de Norteamérica.

Los cubanos de mi generación, niños o jóvenes en la década de 1950, no podemos menos que recordar cómo para la época de Navidad y Fin de Año las casas comerciales importaban una variedad de vinos y exóticas frutas españolas (manzanas, peras, uvas y nueces), y de turrón de Alicante y de Jijona, con vistas a satisfacer la aspiración de todos, según su capacidad adquisitiva, de combinar, en el jolgorio de la estación, con el criollo lechón asado, el plátano hervido, el ñame, la yuca y el casabe. Tampoco se olvida que muchos compatriotas nacidos en esta isla, descendientes de españoles o no,

¹ *Reseña* del libro *Cuba y España. Procesos migratorios e impronta perdurable (siglos XIX y XX)*, José Manuel Azcona e Israel Escalona (Eds.). Madrid: Editorial Dykinson, 2014.

hablaban de la Península como tierra lejana con la que se sueña visitar, pero también propia.

Como nación de inmigrantes surgió Cuba, con tanto derecho a considerarse crisol de culturas como cualquier otro país que así se declare y hasta lo festeje. En los inicios de la época colonial, engrosando una población de nativos supervivientes, llegaron españoles y africanos, traídos estos últimos por la fuerza para servir de esclavos en haciendas, hatos, corrales, minas, ingenios, astilleros... De acuerdo con la legislación española, que en ciertas circunstancias y dentro de ciertos límites hacía posible la liberación del esclavo por voluntad del amo, por testamento o por coartación; y que permitía al siervo o a sus hijos libres la posesión de peculio, derecho a portar armas, o la unión carnal fuera del etno, se fue produciendo un proceso de mezcla de españoles, indígenas y africanos, y a que surgiera una numerosa población de mestizos y libertos. En el censo de 1774, que contabilizaba una población de 172,000 habitantes, la mayoría era de blancos: siete por cada cinco negros. Por otro lado, entre estos últimos se contaban tres esclavos por cada dos libres. El desarrollo de la plantación azucarera a partir de finales del siglo dieciocho, sobre todo después de la Revolución de Haití, provocó la entrada masiva de esclavos africanos y a la inversión de las tendencias demográficas del país. Ya para 1792 habrá más negros que blancos, mientras que la proporción de negros libres muestra la tendencia a reducirse. Treinta y cinco años después, en 1827, la proporción de población de origen africano ya supera ampliamente la blanca, y solo hay poco más de un libre por cada tres esclavos. El miedo al negro, lógica consecuencia del cambio demográfico; la ilegalización y persecución de la trata a partir de 1820; la abolición de la esclavitud por Inglaterra en sus colonias en 1838, seguida por Francia y Holanda en 1848 y 1863, respectivamente, anuncian la conveniencia de sustituir el negro esclavo por otras formas de trabajo y aparecen en Cuba proyectos de inmigración para traer españoles, principalmente canarios y gallegos, así como culíes chinos. El saldo, no obstante, favorece ampliamente la inmigración española. Las cifras son elocuentes: entre 1882 y 1931 llegan a Cuba 1, 118, 968. Los españoles que se quedan, junto con los habitantes nacidos en Cuba, blancos, negros y mestizos; junto a los antillanos y otros aportes que llegarían de Europa, Norteamérica y Asia, continuarían el proceso de mezcla de etnias y culturas que se inició en el siglo dieciséis. El resultado de la convivencia de todos estos pueblos ha producido el pueblo cubano, un pueblo que no es una simple suma o agregación de elementos, sino fusión,

integración. Por la magnitud y naturaleza de sus aportes, es España uno de los componentes principales del tronco de la nación cubana.

Los diecisiete ensayos en este libro tratan exclusivamente de la presencia española en Cuba, que los compiladores han agrupado en dos partes. La primera, titulada *Presencia española en regiones y localidades cubanas*, consta de diez ensayos, entre los que sobresale el primero, dedicado a la política inmigratoria oficial en los siglos diecinueve y veinte, y describe, entre otras cosas, un proyecto de 1853 del gobernador y capitán general, Urbano Feijoó Sotomayor, para llevar gallegos a Cuba. Otros proyectos para introducir inmigrantes europeos, y de paso blanquear la isla, son tratados en el segundo y el décimo ensayos. Cinco trabajos constituyen estudios de la presencia hispánica en las ciudades de Holguín, Banes, Bayamo, Guantánamo y Santiago de Cuba; uno trata el tema de la adopción de la ciudadanía cubana por los inmigrantes españoles, y otro, completando los diez, el tema de los combatientes y organizaciones cubanas y españolas en la defensa de la República española.

En la segunda parte del libro (*De personalidades y manifestaciones artísticas y literarias*) se aborda la extraordinaria labor de un grupo de profesores republicanos españoles en la Universidad de Oriente, la del investigador Manuel Isidro Méndez en los estudios martianos y la cultura cubana, así como la del gallego José López Rodríguez, quien llegó a Cuba en 1880 como humilde inmigrante y llegó a ser multimillonario dueño de centrales azucareros y bancos, hasta que se suicidó en marzo de 1921 como consecuencia del crac bancario de la época. Otros dos ensayos, difíciles de clasificar, también se incluyen en la segunda parte: uno sobre la impronta española en la obra de un dramaturgo y poeta cubano (Antonio Solórzano y Correoso) y la dedicada al cine “El arquetipo del emigrante español en el cine de América y Europa”.

A ningún lector, profesional o de ocasión, se le escapará una gran virtud de estos ensayos: ser interesantes, e indudablemente, en su lectura encontrará tanto provecho como placer. No obstante, también se podrá percatar de una cierta desigualdad en el esfuerzo y los resultados de unos y otros, hecho natural, además, en los proyectos colectivos como este. Pero es el conjunto de la obra lo que más importa valorar, y sobre esto podemos concluir que constituye un excelente aporte al tema de la inmigración española en Cuba. Por último, se debe subrayar que el libro nos descubre un horizonte de otros temas posibles y necesarios que el investigador debe asumir como una incitación a futuros estudios.

Diciembre del 2014